

CUENTOS CORTOS

Víctor Hugo Cabrera*

NIMIO EPISODIO DE LA FELICIDAD

*A Marianna y Víctor Manuel,
que algún día leerán estas palabras*

"¡Allí está! ¡Es ella, es ella!", gritaron los niños al verla pasar en el desfile de los placeres. Sólo ellos pudieron reconocer su paso fugaz, su breve soplo.

Sí, ella era, sin ningún maquillaje, sin velo alguno. Tan desnuda iba, tan transparente, tan sin chiste.

"¿La has visto? ¡Era ella!", preguntaban los pequeños a sus padres. Pero éstos no los escuchaban. Impacientes, seguían esperándola, la buscaban en los rostros de la multitud de la acera de enfrente, deseaban verla aparecer en cualquier momento entre fanfarrias de júbilo, tal vez caída del cielo, tal vez —quién sabe— cerrando el desfile.

BREVE ESPISODIO DEL DESENCANTO

Una cosa te recuerdo me dijo aquella mujer mientras fumaba el primer cigarro del desamor y mi mano, con el furor tedioso del desvelo, con una calma aprendida en otros cuerpos, aprehendía mezquinamente el botón de uno de sus pechos.

Te lo repito: muchos hombres, en este momento, quisieran estar en tus zapatos. ¡Sí!, pensé, mientras mis dedos se deshacían de su juguete. ¡El problema es que, justo en este instante, yo mismo no quisiera ceñirme este calzado!

* Narrador y cuentista



GÉNESIS

Abel y Caín viajan al fondo del vagón, subterráneo edén pervertido. Caín tiene nueve años y un prurito de jiores blancuzcos que exhibe sobre su carne oscura como un estigma olvidado. A Abel aún le faltan dientes pero mira a su hermano y le sonríe con malicia, pensando, tal vez, cobrarle alguna afrenta antigua. Caín mide el tamaño de esa sonrisa, la prueba, la pasea por su boca hasta convertirla en otra cosa, un rencor espeso y tibio que arroja sobre el pecho de su hermano. Pero éste no borra la sonrisa: la hace crecer antes de irse a puñetazos sobre el otro.

Caín y Abel se muerden como hienas escuálidas, en una batalla que los demás prefieren ignorar clavando los ojos en los tubos de neón que alumbran el túnel. Desde su asiento la madre, una Eva grasosa y despeinada, los reprende sin mucho ánimo "chist, ya'stense". A su lado duerme Adán con la boca abierta.

Abel y Caín se arrinconan contra el fondo del vagón, infernal edén subterráneo, ríen a cada zape, con cada golpe descubren que es una la sangre que los une y los separa. Precisa ceremonia de siempre, se riñen con amor, juegan a odiarse. Con la mano uno simula el arma -¿quijada, pistola?- y amenaza sin ruido. Algún día se matarán en serio, por la mujer o por el vino. Ahora sólo ensayan.